EL MILAGRO DE PURUN BHAGAT

RUDYARD KIPLING



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

La noche que sentimos
que iba la tierra a abrirse,
partir de allí le hicimos
y en pos nuestro venirse;
porque él logró inspirarnos
aquel cariño rudo
que llega a dominarnos,
incomprensible y mudo.
Y cuando el estallido
se oyó de la montaña,
y todo hubo caído
como una lluvia extraña,
nosotros le salvamos,
nosotros, pobre gente;
mas ¡ay! que no le hallamos
y siempre está ya ausente.
¡Llorad! Sus salvadores
nosotros sólo fuimos:
también aquí hay amores
también aquí sentimos;
mas duerme nuestro hermano
y no ha de despertarse...
¡y aun viene el pueblo humano
del sitio a apoderarse!

Canto elegíaco de los langures.

Hubo una vez en la india un hombre que era primer ministro de uno de los semiindependientes estados que hay en la parte noroeste del país. Era un brahmán, de tan bella casta, que estaba ya por encima de cuantos límites supone la división en castas, y su padre habia ocupado un importante empleo entre la gentuza de vistosos ropajes y los descamisados que formaban parte de una corte india montada a la antigua. Pero al ir creciendo Purun Dass, notó que el acostumbrado orden de cosas iba cambiando, y que quien quisiera elevarse era preciso que estuviera a bien con los ingleses e imitara cuanto a éstos les parecía bueno. Al propio tiempo, era conveniente que todo funcionario supiera captarse y conservar las simpatías de su amo. Algo dificil resultaba el compaginar ambas cosas; pero el callado, reservadísimo brahmancito, ayudado por una buena educación inglesa recibida en la Universidad de Bombay, supo manejarse de modo que lo lograra, y elevase paso a paso, hasta llegar a ser primer ministro del reino, es decir, disfrutó de un poder más real y verdadero que el de su amo, el Maharajah.

Cuando el rey, ya viejo (y siempre receloso de los ingleses, de sus ferrocarriles y de sus telégrafos), murió, Purun Dass conservó toda su influencia con el sucesor, joven que había sido educado por un inglés; y entre uno y otro, aunque siempre cuidó él muy especialmente de que su amo se llevara la gloria, establecieron escuelas para niñas, construyeron caminos, fundaron hospitales, hicieron exposiciones de instrumentos agrícolas, publicaron anualmente una información o libro azul, sobre «El progreso moral y material del Estado», y así el Ministerio de Negocios Extranjeros inglés y el Gobierno de la India estaban contentísimos. Muy pocos son los Estados indígenas que aceptan en conjunto los progresos ingleses, porque no creen, como Purun Dass demostró creer, que lo que es bueno para un inglés debe serlo doblemente para un asiático. Llegó el Primer Ministro a ser amigo muy considerado de virreyes, gobernadores y secretarios; de médicos encargados de misiones especiales; de los acostumbrados misioneros; de oficiales ingleses, jinetes excelentes que iban a cazar en los terrenos del Estado; y de todo un ejército de viajeros que recorría la India en la estación fría, dando a la gente lecciones de cómo habían de hacerse las cosas. A ratos perdidos, fundaba becas para el estudio de la Medicina y de la industria, siguiendo para ello exactamente los modelos ingleses, y escribía cartas a El Explorador, el mayor de los periódicos indios, explicando las ideas y propósitos de su amo.

Hizo, en fin, un viaje Inglaterra, y, al volver a su país, tuvo que pagar enormes sumas a los sacerdotes, porque hasta un brahmán de tan elevada casta como Purun Dass quedaba degradado al cruzar el mar. En Londres vio y habló a cuanta gente valía la pena conocer, a personas cuya nombradía vuela por todo el mundo, y bastante más tuvo ocasión de ver lo que él contaba. Sabias universidades le concedieron títulos académicos honorarios, e hizo discursos y habló de reformas sociales en la India a señoras vestidas de etiqueta, hasta que todo Londres acabó por decir: «Es el hombre más agradable con quien jamás se sentó alguien a manteles desde que éstos existen».

Al volver a la India vióse rodeado de una aureola de gloria, porque el Virrey en persona hizo una visita a Maharajah para concederle la Gran Cruz de la Estrella de la India (toda diamantes, cintas y esmaltes); y en la misma ceremonia, mientras tronaban los cañones, Purun Dass fue proclamado comendador de la Orden del Imperio Indio, con lo cual su nombre se transformó en Sir Purun Dass, K. C. I. E.[1]

[1] Iniciales del título: Knight Commander of the Order of the Indian Empire.

Aquella tarde, a la hora de la comida en la gran tienda del Virrey, levantóse ostentando la placa y el collar de la Orden, y, contestando al brindis en honor de su amo, pronunció un discurso que pocos ingleses hubieran superado.

Al mes siguiente, cuando la ciudad había vuelto ya a su reposo, tostada por el sol, hizo algo que a ningún inglés se le hubiera ocurrido nunca ni en sueños, pues murió para todo lo concerniente a los negocios de este mundo. Las ricas insignias de la Orden que le habían sido concedidas volvieron al Gobierno de la India; nombróse otro primer ministro que se encargara de los negocios, y entre los empleados subalternos se armó una de comunicaciones y de idas y venidas que parecía que jugaran a Correos. Los sacerdotes sabían lo que había ocurrido, y el pueblo lo adivinaba; pero la India es el único país del mundo en que un hombre puede hacer lo que se le antoje sin que nadie pregunte por qué lo hace, y el hecho de que Dewan Sir Purun Dass K. C. I. E., hubiera renunciado a su posición, a su palacio y a su poderío, adoptando el cuenco y el vestido de color ocre de un sunnyasi o santón, no parecía a nadie cosa extraordinaria. Había sido, como recomienda la Antigua Ley, simplemente un mozuelo hasta los veinte años; por espacio de veinte más un luchador (aunque nunca llevó consigo arma alguna), y, durante otros veinte, cabeza de familia. Usó su riqueza y poderío en cosas cuya utilidad le constaba; recibió honores cuando le salieron al paso; vio hombres y ciudades de los que cerca tenía y de los que estaban lejos, y hombres y ciudades se levantaron para honrarle. Ahora se desprendía de todo eso como quien deja caer un manto que ya no necesita.

A su espalda, mientras cruzaba las puertas de la ciudad llevando bajo el brazo una piel de antílope y una amuleta con travesaño de cobre, y en la mano un moreno cuenco pulimentado, hecho de coco de mar, desnudos los pies, solo, clavados los ojos en el suelo... a su espalda, retumbaban las salvas de los baluartes en honor del que había tenido la fortuna de sustituirle. Purun Dass saludó. Aquella clase de vida había ya terminado para él, y no tenía mejor ni peor voluntad de la que puede tenerle un hombre a un incoloro sueño que pasó con la noche. Él era un sunnyasi... un mendigo errante, sin casa ni hogar, que recibía del prójimo el pan cotidiano; y mientras haya en la India un mendrugo que partir, ni sacerdotes ni mendigos se mueren de hambre. No había probado carne en su vida, y hasta el pescado lo comía raras veces. Un billete de cinco libras esterlinas le hubiera bastado para cubrir todos sus gastos personales, en punto a manutención, durante cualquiera de los muchos años en que había sido dueño absoluto de millones en metálico. Hasta en Londres cuando hicieron de él el hombre de moda, jamás perdió de vista su sueño de paz y reposo... el largo, blanco, polvoriento camino, lleno de huellas de desnudos pies; el incesante tráfico, y el acre olor de la leña quemada, cuyo humo se eleva en espirales bajo las higueras, a la luz de la luna, en los sitios donde los caminantes se sientan a cenar.

Cuando llegó el momento de realizar este sueño, el Primer Ministro tomó sus disposiciones y, al cabo de tres días, hubiera sido más fácil hallar un burbuja de agua en las profundidades interminables del Atlántico que a Purun Dass entre los errantes millones de hombres en la India, que ora se reúnen, ora se separan.

Tendía, para dormir, su piel de antílope en el sitio donde se le hacía de noche, una veces en un monasterio de sunnyasis que estuviera junto a un camino, otras arrimado a una columna hecha de tapia de algún lugar sagrado en Kala Pir, donde los yoguís, que son otro nebuloso grupo de santones, lo recibían como hacen los que saben qué valor tiene eso de las castas y los grupos; muchas veces en las afueras de algún pueblecillo indio, adonde los niños acudían con la comida preparada por sus padres; y no pocas, finalmente, en lo más alto de desnudas tierras de pasto, donde la llama del fuego que encendía con cuatro palitroques despertaba a los adormecidos camellos. Todo le era igual a Purun Dass... o a Purun Bhagat, como se llamaba él a sí mismo ahora. Tierra... gente... comida... todo era lo mismo. Pero

inconscientemente fue caminando hacia el Norte y hacia el Este; desde el Sur hacia Rohtak; de Rohtak a Kurnool; de Kurnool al arruinado Samanah, y de allí, subiendo por el seco cauce del río Gugger, que sólo se llena cuando llueve en las montañas vecinas, hasta llegar a ver un día la lejana línea del Himalaya.

Sonrióse entonces Purun Bhagat, porque se acordó de que su madre era de origen brahmánico, de la raza de los rajhputras, allá por el camino de Kulu (es decir: una montañesa que siempre echaba de menos las nieves...), y basta que un hombre lleve en sus venas una gota de sangre montañesa para que, al fin, vuelva al sitio de donde salió.

-Allá abajo -díjose Purun Bhagat, emprendiendo de frente la subida de las primeras lomas de los montes Sewaliks, donde los cactos se yerguen como candelabros de siete brazos...-, allá abajo me sentaré a meditar. -Y el fresco viento del Himalaya silbó en sus oídos al andar por el camino que conduce a Simla.

La última vez que había pasado por allí era con grande pompa y aparato, acompañado de una ruidosa escolta de caballería, para visitar al más cortés y amable de todos los virreyes, y ambos estuvieron hablando, durante una hora, de los amigos de Londres y de las opiniones que de mil cosas tiene la gente del pueblo en la India. Esta vez Purun Bhagat no hizo visita alguna, sino

que se recostó sobre una verja del paseo, contemplando la magnífica vista de las llanuras que se extendían en una extensión de diez leguas; hasta que, al fin, un policía mahometano de los del país le dijo que interrumpía la circulación; y Purun Bhagat saludó al representante de la Ley con gran respeto, porque sabía el valor de aquélla e iba en busca de una que fuera la propia, la suya. Siguió, pues, adelante, y durmió aquella noche en una cabaña abandonada, en Chota Simla, lugar que tiene todo el aspecto de ser el 6n del mundo; pero no era más que el principio de su viaje.

Siguió el camino del Himalaya al Thibet, la vía de tres metros de ancho abierta a fuerza de barrenos en la roca viva, o apuntalada con maderos sobre el abismo de trescientos metros de profundidad; que se hunde en tibios, húmedos, cerrados valles, o trepa a través de colinas desnudas de árboles y con algo de hierba, en las que reverbera el sol como en un espejo ustorio; que caracolea a través de espesos, oscuros bosques, donde los helechos arborescentes cubren de alto a bajo los troncos de los árboles, y donde el faisán llama a su compañera. Hallóse con pastores del Thibet, acompañados de sus perros y de sus rebaños de carneros, cada carnero provisto de una bolsita con bórax que llevaba sobre el espaldar; con leñadores errantes; con lamas del Thibet cubiertos de mantos y abrigos, que llegaban en peregrinación a la India; con enviados de pequeños y solitarios estados, perdidos entre montañas, que corrían la posta desesperadamente en caballitos cebrados o píos, o bien hallóse con la cabalgata de un rajah que iba a hacer una visita; finalmente, por espacio de todo un largo y claro día no vio más que un oso negro, gruñendo y desenterrando raíces allá abajo, en el valle. Durante las primeras jornadas, los rumores mundanales resonaban aún en sus oídos, como el estruendo de un tren al pasar un túnel quédase aún sonando largo tiempo después que el tren sale de él; pero cuando hubo dejado atrás el paso de Mutteeanee todo terminó, y Purun Ghagat quedóse a solas consigo mismo, caminando, vagabundeando pensativo, clavados los ojos en el suelo y por las nubes las ideas.

Una tarde cruzó el más alto desfiladero que había hallado hasta entonces (dos días de ascensión costóle el llegar allí), y se encontró frente a una línea de nevados picachos que ceñían todo el horizonte; montañas de cinco a seis mil metros de altura que parecían estar tan cerca que una pedrada podía alcanzarlas, aunque se hallaran, en realidad, a catorce o quince leguas de distancia. Estaba coronado el desfiladero por un espeso, sombrío bosque formado por deodoras; castaños, cerezos silvestres, olivos y perales silvestres también; pero principalmente deodoras, que son los cedros del Himalaya, y a la sombra de estos árboles se

Librodot

elevaba un templo abandonado que se construyó en honor de Kali... el cual es Durga... el cual es, a su vez, Sitala, y que recibe adoración por su virtud contra la viruela.

Barrió Purun Dass el empedrado suelo; sonrió a la estatua que parecía hacerle una mueca; se arregló con barro un hogar en que encender fuego detrás del templo; extendió su piel de antílope sobre un lecho de pinocha verde; se apretó bien su baíragí (su muleta con travesaño de cobre) bajo uno de los sobacos, y sentóse a descansar.

Junto a él, casi a sus plantas, tenía el declive del monte desnudo, pelado en una altura de cuatrocientos metros, donde un pueblecillo de casas hechas de piedra con techos de tierra amasada parecía colgar de la escarpada pendiente. Alrededor, estrechos terrenos en forma de terraplenes se extendían como si fueran delantales formados de retazos y puestos sobre la falda de la montaña, y vacas, que no parecían mayores que escarabajos, pacían en los espacios que quedaban entre los círculos, empedrados de bruñidas piedras, que servían de eras. Mirando a través del valle se engañaba la vista al juzgar el tamaño de las cosas, y no podía, al principio, convencerse de que lo que tenía el aspecto de grupo de arbustos, al otro lado de la montaña, era en realidad un bosque de pinos de treinta metros de alto. Purun Bhagat vio pasar un águila hundiéndose en la inmensa hondonada; pero la enorme ave fue disminuyendo pronto de tamaño, hasta no parecer más que una virgulilla antes de que llegara a la mitad del camino. Algunos grupos de nubes se enfilaban por el valle, enredándose cerca de la cima de una montaña, o elevándose para desvanecerse al llegar a la altura de los picos en los desfiladeros. Y Purun Bhagat se dijo: Aquí hallaré la paz que ando buscando.

Ahora bien: para un montañés, una cuantas docenas de metros más abajo o más arriba no significan nada, y, en cuanto los aldeanos vieron humo en el templo abandonado, el sacerdote del pueblecillo subió por la ladera llena de terraplenes y fue a saludar al forastero. Al clavar la mirada en los ojos de Purun Bhagat (ojos acostumbrados a mandar a miles de hombres), inclinóse hasta el suelo, cogió el cuenco, sin decir palabra, y volvióse a la aldea diciendo:

-Por fin tenemos un santón. Jamás vi a un hombre como éste. Es un hijo de los llanos, pero de color pálido... es la quintaesencia de un brahmán.

A lo cual todas las mujeres de la aldea contestaron:

-¿Creéis que estará entre nosotros mucho tiempo? Y cada una de ellas hizo cuanto pudo para cocinarle los más sabrosos manjares. La comida montañesa es sencillísima; pero con alforfón, maíz, pimentón; pescado del río cuyas aguas corren por el valle; miel de las colmenas fabricadas en forma de chimeneas sobre las paredes de piedra; albaricoques secos; azafrán de indias; jengibre silvestre, y tortas de harinas de trigo, una mujer que quiera lucirse puede hacer algo nuevo, y cuando el sacerdote volvió con el cuenco para entregárselo a Bhagat, traíalo bien colmado.

-¿Pensaba quedarse allí? -preguntó-. ¿Necesitaría un chela (un discípulo) que fuera mendigando para él? ¿Tenía una manta para abrigarse cuando hiciera frío? ¿Le gustaba la comida aquella?

Comió Purun Bhagat y dio gracias al donante. Su intención era quedarse; al oír lo cual el sacerdote dijo que le bastaba con saber esto. No tenía más que dejar el cuenco fuera del templo abandonado, en el hueco que formaban dos raíces retorcidas, y diariamente recibiría su alimento, porque el pueblo se tenía por muy honrado con que un hombre como él (y al decirlo miró tímidamente a Bhagat en el rostro) se quedara entre ellos.

Aquel día terminó para Prun Bhagat el andar vagabundo. Había llegado al sitio que le estaba destinado... a un lugar todo silencio y espacio. Después de esto paróse el tiempo, y él mismo, sentado a la entrada del templo, no podía decir si estaba vivo o muerto; si era un hombre cuya voluntad mandaba en los miembros de su cuerpo, o si formaba parte integrante de los montes, de las nubes, de la mudable lluvia y de la luz del Sol. Se repetía a sí mismo dulcemente un Nombre centenares y centenares de veces, hasta que, a cada repetición,

parecía separarse más y más del cuerpo, y llegar, deslizándose, a los umbrales de alguna tremenda revelación; pero, en el preciso instante de abrirse la puerta, lo arrastraba hacia atrás su propio cuerpo, y con dolor se sentía otra vez atado a la carne y a los huesos de Purun Bhagat.

Cada mañana el cuenco lleno era colocado en silencio sobre la especie de muleta que formaban las retorcidas raíces allá fuera del templo. Traíalo, algunas veces, el sacerdote; otras un mercader ladakhi que paraba en el pueblo, y que, deseoso de hacer méritos, subía trabajosamente por el atajo; pero, con más frecuencia, la portadora era la misma mujer que había cocinado la comida la noche antes, y murmuraba, tan bajo que apenas se la oía:

-Interceded por mí ante los dioses, Bhagat. Rogad por Fulana, la mujer de Mengano.

De cuando en cuando, a algún muchacho atrevido se le permitía igual honor, y Purun Bhagat le oía poner el cuenco y echar a correr tan aprisa como sus piernecitas le permitían; pero el Bhagat nunca descendió hasta el pueblo. Veíalo extendido como un mapa, a sus pies. Podía ver también las reuniones que en él se celebraban, al caer de la tarde, en el círculo donde estaban las eras, porque era éste el único terreno llano que allí había; contemplar el estupendo y poco nombrado verdor del arroz cuando es joven; los tonos de azul de añil que mostraba el maíz; los pedazos de terreno en que se cultivaba el alforfón, semejantes a diques; y, en su estación propia, la roja flor del amaranto, cuyas diminutas semillas, por no ser grano ni legumbre, constituyen un alimento que puede tomar, sin faltar por ello en lo más mínimo, todo indio en época de ayuno.

Cuando el año tocaba ya a su fin, los techos de las chozas parecían cuadraditos llenos de purísimo oro, porque sobre los techos era donde ponían los aldeanos las mazorcas de maíz para que se secaran. La cría de abejas y la recolección de los granos; la siembra del arroz y su descascarillado, fueron pasando ante su vista; todo ello como bordado allá abajo, en los pedazos de campo de mil distintas orientaciones. Y él meditó sobre cuanto se ofrecía a su vista, preguntándose a qué conducía todo aquello, en último, definitivo resultado.

Hasta en los sitios poblados de la india, no puede un hombre estarse sentado y completamente quieto durante un día entero, sin que los animales salvajes corran por encima de su cuerpo como si fuera una roca; en aquella soledad pronto ellos, que conocían perfectamente el templo de Kali, fueron llegando para ver al intruso. Los langures, los grandes monos del Himalaya, de grises patillas, fueron, como es natural, los primeros, porque andan siempre devorados por la curiosidad; y una vez hubieron tirado el cuenco, haciéndolo rodar por el suelo, y probaron la fuerza de sus dientes sobre el travesaño de cobre de la muleta, y le hubieron estado haciendo muecas a la piel de antílope, decidieron que aquel ser humano, que estaba allí sentado tan quieto, era inofensivo. Al caer de la tarde saltaban desde los pinos, pedían con las manos algo de comida, y luego se alejaban, balanceándose en graciosas curvas. Gustábales también el calor del fuego, y se apiñaban alrededor de él, hasta que Purun Bhagat se veía obligado a empujarlos a un lado para echar leña, y más de una vez se había hallado por la mañana con que un mono compartía con él su manta. Durante todo el día, uno u otro de la tribu se sentaba a su lado, mirando fijamente hacia la nieve dando gritos y poniendo una cara de expresión indeciblemente sabia y triste.

Después de los monos llegó el barasíng, un ciervo de especie parecida a los nuestros, pero con más fuerza. Iba allí para restregar los aterciopelados cuernos contra las frías piedras de la estatua de Kali, y pateó al ver en el templo a un hombre. Pero Purun Bhagat no se movió, y poco a poco, el magnífico ciervo fue avanzando oblicuamente y le tocó en un hombro con el hocico. Deslizó Purun Bhagat una de sus frías manos sobre las tibias astas, y el contacto pareció refrescar al animal, cuya sangre ardía, y que bajó la cabeza, con lo cual siguió Purun Bhagat restregando muy suavemente y quitando la aterciopelada capa. Trajo luego el barosíng su hembra y su cervato, mansos animales que se ponían a mascar sobre la manta del

santón; y otras veces venía solo, de noche, reluciéndole los ojos con reflejos verdosos a la vacilante luz de la hoguera, para recibir su porción de nueces tiernas. Al fin, el ciervo dalmizclero, el más tímido y casi el menor de los ciervos, acudió también, erguidas sus grandes orejas, que recuerdan las del conejo; y hasta el abigarrado, silencioso mushick-nabha sintió el deseo de averiguar qué era lo que significaba la luz que brillaba en el templo, y puso su hocico, parecido al del anta, sobre las rodillas de Purun Bhagat, yendo y viniendo con las sombras que producía el fuego. A todos los llamaba Purun Bhagat mis hermanos», y su grito de ¡Bahí!¡Bahi! lanzados a media voz, tenía el poder de sacarlos del bosque por las tardes, si se hallaban a distancia en que pudieran oírlo. El oso negro del Himalaya, sombrío y suspicaz (Sona, que lleva impresa bajo la barba una señal blanca en forma de V), pasó por allí más de una vez, y como el Bhagat no demostró tenerle miedo, tampoco Sona se mostró malhumorado, sino que estuvo observándolo, se acercó luego y pidió su parte de caricias, un pedazo de pan o bayas silvestres. Muy a menudo, en la callada hora del amanecer, cuando el Bhagat subía hasta lo más alto del desfiladero para ver cómo el rojo día andaba por los nevados picachos, hallábase a Sona arrastrando las patas y gruñendo a sus plantas; metiendo una mano curiosa bajo los caídos troncos y volviendo a sacarla con un ¡uuuf! de impaciencia; o bien sus pasos despertaban a aquella hora al oso, que dormía enroscado, y el enorme animal levantábase erguido, pensando que se trataba de prepararse a la lucha, hasta que oía la voz de Bhagat y reconocía entonces a su mejor amigo.

Casi todos los ermitaños y santones que viven separados de las grandes ciudades tienen fama de obrar milagros con los animales; pero el milagro consiste únicamente en estarse muy quieto, en no hacer nunca ni un solo movimiento precipitado y por largo rato, cuando menos, en no mirar directamente al recién llegado. Vieron los aldeanos la silueta del barasing caminando altanero y como una sombra a través del oscuro bosque que estaba detrás del templo; al mínaul, el faisán del Himalaya, luciendo sus hermosos colores ante la estatua de Kali, y a los langures sentados en el interior y jugando con cáscaras de nuez. Algunos muchachos habían oído también a Sona canturreando algo para sí mismo, como suelen hacer los osos, y con todas estas cosas la reputación de milagrero que adquirió el Bhagat fue afirmándose más y más.

Y, sin embargo, nada más lejos de sus propósitos que el obrar milagros. Creía él que todas las cosas son un enorme milagro, y cuando un hombre llega a saber esto, sabe ya algo que le sirve de base. Estaba firmemente persuadido de que nada había grande ni pequeño en el mundo, y día y noche luchaba para llegar a penetrar en el corazón mismo de las cosas, volviendo al sitio de donde su alma había salido.

Dominado así por sus pensamientos, el descuidado cabello comenzó a caerle por encima de los hombros; en la losa que tenía al lado de la piel de antílope se hizo un agujerito con el continuo roce del extremo de la muleta que sobre ella se apoyaba; el sitio, entre los troncos de los árboles, donde día tras día descansaba el cuenco se hundió y fue gastándose, hasta llegar a ser un hueco tan pulimentado como la misma cáscara de color de tierra que allí se ponía; y cada animal sabía ya de memoria el lugar exacto que le correspondía junto al fuego. Con las estaciones cambiaban de color los campos; llenábanse y se vaciaban las eras, y volvían una y otra vez a llenarse; y, al llegar el invierno, saltaban los langures por entre las ramas cubiertas de ligera capa de nieve, hasta que, con la primavera, traían las monas desde valles más cálidos a sus pequeñuelos de lánguida mirada. En cuanto al pueblo, pocos cambios hubo en él. El sacerdote había envejecido; muchos de los que, siendo niños, solían venir con el cuenco, mandaban ahora a sus propios hijos; y cuando alguien preguntaba a los aldeanos cuánto tiempo había vivido su santón en el templo de Kali, allá al extremo del desfiladero, contestaban aquéllos: «Siempre».

Llegaron entonces unas lluvias de verano tales que jamás se vio cosa igual en aquellas montañas durante muchas estaciones. Por tres meses bien cumplidos el valle estuvo envuelto en nubes y en húmeda niebla... y el agua caía continua, sin parar, sucediéndose las tormentas una tras otra. El templo de Kali se quedaba generalmente por encima de las nubes, y hubo un mes entero en que el Bhagat no pudo ver ni por un momento la aldea. Estaba aquélla envuelta por una blanca cubierta de nubes que se balanceaba, mudaba de sitio, rodaba sobre sí misma o se arqueaba hacia arriba, pero que nunca se desprendía de sus estribos, los flancos del valle, convertidos en verdaderas chorreras.

Durante todo este tiempo no oyó más que los millones de ruidos que producía el agua sobre la copa de los árboles, por debajo de ellas, y siguiendo el suelo; atravesando la pinocha; cayendo gota a gota de las mil lenguas de los enlodados helechos, y lanzándose, en fangosos canales que acababan de abrirse, por todos los declives. Entonces salió el sol e hizo elevarse de los deodoras y de los rododendros su agradable aroma, y con él vino aquel lejano, purísimo olor al que llaman los montañeses «el olor de las nieves». Duró el sol una semana, y entonces juntóse la lluvia en un último diluvio, y el agua empezó a caer formando sábanas que privaron de su corteza a la tierra y la hicieron, de nuevo, convertirse en barro. Purun Bhagat encendió aquella noche un gran fuego, porque estaba seguro de que sus hermanos necesitarían calor; pero ni un solo animal acudió al templo, por más que él llamara y llamara, hasta quedarse dormido, preocupado por la idea de lo que habría ocurrido en los bosques.

Era ya plena noche y caía la lluvia, produciendo el ruido de mil tambores a la vez, cuando fue despertado por unos tirones que daban a su manta, y, alargando la mano, hallóse con la pequeñísima de un langur.

-Mejor se está aquí que entre los árboles -dijo él, soñoliento, levantando un poco la manta-. Toma y caliéntate. -El mono le cogió la mano y tiró de ella con fuerza.

-¿Qué quieres, pues comida? -preguntó Purun Bhagat . Espera un rato y te la prepararé.

Como se arrodillara para echar leña al fuego, corrió el langur hasta la puerta del templo, lloriqueó allí a gritos, y volvió corriendo, tirándole al hombre de la rodilla.

-¿Qué hay? ¿Qué te ocurre, hermano? -dijo Purun Bhagat, porque vio que los ojos del langur estaban preñados de cosas que no podía decir-. Como no sea que alguno de tu casta haya caído en una trampa (y aquí no las pone nadie), no estoy dispuesto a salir con este tiempo. ¡Mira hermano, hasta el barasing viene aquí a buscar refugio!

Las astas del ciervo, al entrar a grandes pasos en el templo, chocaron contra la grotesca estatua de Kali. Bajólas hacia Purun Bhagat y pateó como sintiéndose violento, resoplando con fuerza por las contraídas narices.

-¡Ea! ¡Ea! ¡Ea! -exclamó el Bhagat haciendo castañetas con los dedos-. ¿Éste es el pago que me das por hospedarte una noche?

Pero el ciervo lo empujó hacia la puerta, y, al hacer esto, oyó Purun Bhagat el ruido de algo que se abría y vio dos losas del suelo separarse una de otra, mientras la pegajosa tierra formaba una boca cuyos labios se apartaban con un chasquido.

-Sí, ya lo veo, ya, ahora -dijo Purun Bhagat-. No es extraño que mis hermanos no se sentaran alrededor del fuego esta noche. La montaña se hunde. Y, sin embargo... ¿a qué marcharme?

Fijó los ojos sobre el cuenco vacío y la expresión de su cara cambió por completo.

-Hanme dado comida diariamente desde... desde que vine, y si no me doy prisa no quedará mañana ni un alma en todo el valle. Indudablemente tengo el deber de ir y advertirles a todos los que en él viven lo que pasa. ¡Atrás, hermano! Déjame llegar hasta el fuego. Retrocedió de mala gana el basaring y Purun Bhagat cogió una tea, hundiéndola en las llamas y revolviéndola hasta que estuvo bien encendida.

-¡Ah! ¿Vinisteis a avisarme? Pues ahora haremos algo que será aún mucho mejor, mucho mejor. Vamos fuera, y préstame tu pescuezo, hermano, porque yo no tengo más que dos pies.

Agarró al basaríng por la cerdosa crucera con la mano derecha; sostuvo la tea, que le servía de antorcha, con la izquierda, y salió del templo, hundiéndose en la oscuridad de la noche, que era terrible. No se sentía ni un solo soplo de viento, pero la lluvia apagaba casi la vacilante luz al lanzarse el gran ciervo por la pendiente, dejándose resbalar sobre las ancas. En cuanto salieron del bosque, otros de los hermanos del Bhagat se reunieron con él. Oyó, aunque no pudiera verlo, que los langures se apiñaban en torno suyo, y detrás sonaba el ¡uh! ¡uh! de Sona. La lluvia tejió sus largas guedejas de tal modo que parecían cuerdas; el agua lo salpicaba al poner los desnudos pies en el suelo, y su amarillo ropaje se le pegaba al frágil cuerpo envejecido; pero él siguió andando con firme paso, apoyándose en el barasing. No era

ya un santón, sino Sír Purun Dass, K. C. I. E., primer ministro de un estado que nada tenía de pequeño, hombre acostumbrado a mandar y que iba entonces a salvar no pocas vidas. Por el fangoso y rápido sendero descendieron juntos el Bhagat y sus hermanos hasta que las patas del ciervo tropezaron contra el muro de una era, y dio aquél un bufido, porque su olfato le advertía que por allí estaba el Hombre. Hallábanse ya al extremo de la única y tortuosa calle de la aldea, y el Bhagat golpeó con su muleta las cerradas ventanas de la casa donde vivía el herrero, mientras la tea que le servía de antorcha llameaba al abrigo del alero de aquélla.

-¡Levantaos y a la calle! -gritó Purun Bhagat, y él mismo no reconoció su propia voz, porque años hacía que no hablaba en voz alta a ningún hombre-. ¡La montaña se hunde! ¡La montaña se hunde! ¡Levantaos y echaos fuera todos los que estéis en. las casas!

-Es nuestro Bhagat -dijo la mujer del herrero-. Viene rodeado de sus animales. ¡Recoge a los pequeñuelos y da la voz de alarma!

Corrió ésta de casa en casa mientras los animales apiñados en la estrecha vía chocaban unos con otros y se atropellaban en torno del Bhagat, y Sona resoplaba con impaciencia. Precipitóse a la calle toda la gente (no eran en total más que unas setenta personas) y a la luz de antorchas vieron a su Bhagat que agarraba, para que no se escapara, al aterrorizado barasing, mientras los monos asíanse con aspecto lastimoso a la ropa de aquél, y Sona se sentaba y comenzaba a dar bramidos.

-¡Atravesad el valle y subid al monte opuesto! -gritó con fuerte voz Purun Bhagat-. ¡Que no se quede nadie rezagado! ¡Nosotros iremos detrás!

Corrió, entonces, la gente como sólo los montañeses son capaces de correr, porque sabían que en un hundimiento de tierras lo que había que hacer era subirse al sitio más alto, al otro lado del valle. Huyeron, lanzándose al estrecho río que había al extremo, y casi sin aliento, subieron por los terraplenados campos del otro lado, mientras el Bhagat y sus hermanos los seguían. Fueron ascendiendo por la montaña opuesta, llamándose unos a otros por su nombre (el modo de tocar llamada en la aldea), y pisándoles los talones, subía trabajosamente el gran barasing, sobre el cual pesaba el cuerpo casi desfallecido de Purun Bhagat. Por fin, paróse el ciervo a la sombra de un espeso pinar, a ciento cincuenta metros de altura en la vertiente. Su instinto, que le advirtió del próximo hundimiento, dijole también que allí se hallaba seguro. Junto a él dejóse caer casi desmayado Purun Bhagat, porque el enfriamiento ocasionado por la lluvia y aquella desesperada ascensión lo estaban matando; pero antes había dicho a los portadores de antorchas desparramados por la vanguardia:

-Paraos, y contad cuántos sois.

Luego, añadió en voz baja dirigiéndose al ciervo, al ver que las luces se agrupaban:

-Quédate conmigo, hermano, hasta... que me muera.

Oyóse en el aire un ruido leve como un suspiro, que se convirtió en murmullo; luego un murmullo que fue creciendo hasta parecer rugido; y el rugido traspasó todos los límites de lo que pueda resistir el oído humano, y la vertiente en que los aldeanos se hallaban recibió un

choque en medio de la oscuridad, retemblando sobre sus cimientos. Entonces una nota firme, profunda, clara como un do grave arrancado a un órgano, sofocó todo otro ruido por espacio, quizá, de cinco minutos, y, mientras duró, hasta las mismas raíces de los pinos temblaban. Pasó, y el rumor de la lluvia, cayendo sobre innumerables metros de tierra dura y de hierba, cambióse en ahogado tamborileo del agua sobre tierra blanda. Esto sólo bastaba para explicarlo todo.

Ni un solo aldeano (ni siquiera el mismo sacerdote) tuvo suficiente valor para hablar al Bhagat, que les había salvado a todos la vida. Acurrucáronse bajo los pinos y allí esperaron hasta que se hizo de día. Cuando llegó éste, miraron a través del valle y vieron que lo que había sido bosque, y campos de cultivo, y tierras de pasto cruzadas de senderos, era ahora informe y sucio montón, pelado, rojo, en forma de abanico, con unos pocos árboles tirados, con la copa hacia abajo, sobre el declive. Subía esta masa roja hasta muy arriba de la montaña donde ellos buscaron refugio, deteniendo la corriente del estrecho río, que había comenzado ya a ensancharse, formando un lago de color de ladrillo. De la aldea, del camino que conducía al templo, y aun del templo mismo y del bosque situado a su espalda, no quedaba ni rastro. En el espacio de un cuarto de legua de ancho, y a más de seiscientos metros de profundidad, todo el flanco de la montaña había materialmente desaparecido, alisado por completo de arriba abajo.

Y los aldeanos, uno a uno, se acercaron a su Bhagart, a través del bosque, sin hacer ruido, para rezar ante él. Vieron entonces al barasing de pie, a su lado, y escapándose en cuanto estuvieron cerca; oyeron a los langures lamentándose por entre las ramas, y a Sona quejándose tristemente montaña arriba; pero su Bhagat estaba muerto, sentado, con las piernas cruzadas, apoyada la espalda en el tronco de un árbol, la muleta bajo el sobaco, y el rostro vuelto hacia el Noroeste.

El sacerdote les dijo:

-¡Mirad: he aquí un milagro tras otro, porque precisamente en esta actitud deben ser enterrados todos los sunnyasis! Así pues, donde ahora está elevaremos un templo a nuestro santón.

Antes de terminarse el año había sido ya edificado el templo (un santuario pequeño, de piedra y fango) y llamaron a la montaña La Montaña de Bhagat, adorándolo allí y llevándole luces, flores y dádivas, lo que continúa hasta hoy. Pero lo que no saben los aldeanos es que el santo de su devoción es el difunto Sir Purun Dass, D. C. L E., D. C. L. Ph. D., etc., que fue un tiempo primer ministro de ilustrado y progresivo Estado de Mohiniwala y miembro honorario o correspondiente de muchas más sabias y científicas sociedades de lo que puede ser de algún provecho en este mundo o en el otro.

CANCIÓN Al, ESTILO DE KABIR[2]

Leve peso era el mundo entre sus manos,
insoportable carga sus riquezas:
al gúddee ha preferido la mortaja
y cual bairagi[3] vaga por la tierra.

[2] Kabir es el nombre del más original e influyente de los reformadores religiosos de la India. Es una especie de Mahoma. Aún hoy son innumerables los que «siguen el camino de Kabir, y la secta que él fundó cuenta con importantes monasterios.

No posa ya sus pies en otra alfombra
que el polvo del camino, aquél que lleva
a Delhi, y en el cual sólo le guardan
el sal y el ikar cuando el sol le quema.

Su casa es el lugar en que reposa,
ya entre las gentes o en desiertos duerma,
y él prosigue su vía, aquella vía
de perfección con que el bairagi sueña.

Ha clavado en el Hombre su mirada
y ha visto clara la verdad entera:
un Dios hubo, un Dios hay: no más que uno
Kabir, el gran Kabir, dijo que hubiera.

Todo el problema de la acción lo mira
cual leve nube, no cual ancha niebla
roja, extendida, como en otro tiempo...
y él vaga, cual bairagi, por la tierra.

Quiere aprender a amar a sus hermanos
el césped, y Dios mismo, y aun las fieras:
deja el poder y la mortaja toma:
(¿no oís, dice Kabir?) bairagi queda.

[3] El autor usa aquí la palabra bairagi en otro sentido distinto del que le da anteriormente en este mismo relato, pero sin explicarlo.